

Los orígenes de la “magia”

Los poblados tradicionales en el imaginario estadounidense de principios del siglo XX

Catherine R. Ettinger

Preludio. México, destino de aventura

La literatura sobre México escrita por extranjeros en el siglo XIX y principios del XX suele presentar al país como lugar de aventura. Si bien la ciudad de México figura como sitio urbano de gran civilización, los recorridos a otras partes del país se describen como incursión al territorio del “otro” con paisajes increíbles de volcanes y cactus donde habita gente en condiciones “primitivas”. Las descripciones se acompañan de imágenes —muchas también realizadas por extranjeros como C. B. Waite o Hugo Brehme—que recalcan el mensaje. Estas mismas imágenes circulaban como tarjetas postales.

Este discurso visual retoma dos temas: el paisaje y la gente. En particular el paisaje resulta impresionante para el extranjero, tanto por las formaciones geológicas así como por la vegetación tropical y aparece con frecuencia en ilustraciones de los textos; los cactus de diferentes tipos, los agaves, los volcanes y el cielo con montañas como fondo de las fotografías de los monumentos son algunos de los elementos que forman parte de las descripciones escritas y gráficas.

El tema de la gente aparece claramente en un género de tarjeta postal llamado “tipos mexicanos”. El origen de estas series de tarjetas es anterior a la fotografía pues por lo menos desde el siglo XIX hay tradición de retratar a los diferentes “tipos” de mexicanos. En particular el fotógrafo estadounidense C. B. Waite se interesó por retratar a las personas más diversas del país (Montellano 1994, 38) y realizó series que incluían gran variedad de sujetos (desde la china poblana hasta el méndigo, desde la tehuana hasta el cargador). Sus retratos de personas pobres en áreas rurales muestran la curiosidad del occidental frente a la vida en condiciones primitivas. Las fotos de indígenas viviendo en chozas, de mujeres semidesnudas lavando ropa y de hombres con enormes cargas sobre sus hombros indignaron a las autoridades mexicanas y hasta fue encarcelado acusado de circular pornografía. En fin, lo que se destaca es que en la época, el poblado rural, era el sitio de lo primitivo, pero no en un sentido romántico, sino de curiosidad. La vida rural es atraso, suciedad y miseria.

Los textos realizados por extranjeros durante el periodo en cuestión oscilan entre crónicas de viaje y guías de turismo. Aún los libros que se presentan como guías, la organización suele partir del itinerario típico para llegar a la ciudad de México por el puerto de Veracruz y, en lo subsecuente, a partir de las líneas del ferrocarril. En este género se incluyen *Appleton's Guide to Mexico* (Conkling 1884), *Gen. Scott's Guide in Mexico* (Haynes 1887), *A White Umbrella in Mexico* (Smith 1902), *In Indian Mexico*, (Starr 1908) y *Modern Mexico* (MacHugh 1914).

Las narrativas distinguen entre la ciudad (la ciudad de México usualmente) como lugar de cultura donde vive gente “civilizada” y los poblados menores o el campo como sitio para observar “lo primitivo”. Los poblados que en unas décadas serían retratados como pintorescos guardianes de lo mexicano, aparecen en este momento como lugares inhóspitos, deteriorados y atrasados. Conkling describe a Tzintzuntzan Michoacán diciendo “hoy en día sus edificios están todos destruidos, sus calles abandonadas y sus pocos habitantes, ignorantes” (Conkling 1884, 214). Aún Pátzcuaro, que reconoce el autor como pintoresco, es descrito “ningún lugar en el país mejor merece el nombre de ‘México primitivo’ más que el lago de Pátzcuaro” (Conkling 1884, 217).

En *A White Umbrella* en México Smith revela la típica actitud de la época con referencia a los poblados rurales. Visitó Guanajuato, Silao, Querétaro, Aguascalientes, Morelia y Pátzcuaro. Cuando comenta a su compañero de viaje, P. Moon un ingeniero civil, su intención de visitar al pueblo de Tzintzuntzan para ver una afamada pintura al óleo atribuida a Tiziano, éste le pregunta “¿qué hombre en su sano juicio quiere andar buscando un sucio pueblo indio de adobe, allá por un lago, sin otro transporte que una canoa de madera...?” (Smith 1902, 174). Su descripción de Pátzcuaro menciona su cualidad pintoresca, comparándolo con Toledo en España pero, comenta que “la plaza está pisoteada y rodeada de puestos de mercado, los templos están o abandonados o, lo que es peor, renovados y no hay nada de interés para el ocioso o el anticuario, salvo el encanto de sus calles pintorescas y su ubicación...” (Smith 1902, 185).

Aunque hay menciones de lo pintoresco o de pueblos hermosos y aunque hay tarjetas postales con escenas rurales idílicas, la imagen que predomina a principios de siglo sobre los poblados pequeños es una de atraso. Aunque es sitio para observar al “otro”, al “primitivo”, no le pertenece la idea propiamente del turismo.

Después de la Revolución

En las décadas que siguieron a la Revolución y en el marco de las diferentes búsquedas de una identidad nacional, se fueron consolidando imaginarios de “lo mexicano” con la ayuda del “vertiginoso crecimiento de los medios de comunicación masiva” (Pérez Montfort 1999, 184). En este complejo proceso, los extranjeros hacían su contribución así como lo menciona Pérez Montfort (1999, 186):

“otro elemento que también contribuyó a la creación de estos estereotipos –o invenciones de México—fue la imagen que de los mexicanos se formaron diversos autores y artistas extranjeros... [las imágenes gestados por los extranjeros] del ‘pueblo de México’ circularon tanto en el país como en el extranjero con un afán –entre muchos—de definir la mexicanidad... En ocasiones, su definición se convirtió en un estereotipo más, y redujo las características del mexicano a unos cuantos conceptos.”

En el marco de la promoción de una nueva imagen de México en el extranjero, se abrió en 1921 una escuela de verano en la Universidad Nacional Autónoma de México. La escuela ofrecía

cursos en letras y cultura mexicana con la participación de destacados intelectuales mexicanos y publicaba la revista *Mexican Folkways* editada por la estadounidense Frances Toor. A través de la Escuela de Verano de la UNAM se pudo atraer extranjeros interesados en estancias más largas y el estudio de la cultura local.

En los años 20 y 30 México tenía una presencia importante en el extranjero, particularmente en Estados Unidos y presumía una población de expatriados que ayudaban a difundir sus valores en inglés (Delpar 1992). Los extranjeros, incluyendo a los fotógrafos Edward Weston y Paul Strand, la antropóloga Anita Brenner, el arquitecto William Spratling y Elizabeth Morrow, entre otros participaron a través de sus publicaciones con la promoción de un imaginario de lo mexicano en el extranjero. Asimismo, novelistas y cuentistas como Katherine Anne Porter, Graham Greene, D. H. Lawrence recreaban a través de la literatura el ambiente sensorial de México. Relatos de viajeros y las mismas guías de turismo también cambiaron su manera de retratar a México. El estereotipo del poblado pintoresco como una muestra más de la revaloración de lo indígena como esencia de lo mexicano apareció de manera reiterativa en la literatura de los extranjeros, tanto en obras de ficción y de análisis (Chase 1933) así como en guías de turismo. En todos estos géneros de literatura se observa un discurso que rescata, entre otras cosas, la noción del poblado pintoresco como propio de México.

El desarrollo del turismo en México durante este el periodo estuvo indisolublemente ligado al imaginario del poblado rural y de la población indígena (Merrill 2009, 48-9) pues el extranjero deseaba ver “costumbres y comunidades indígenas tradicionales” (Berger y Wood 2010, 10) y se

sentía decepcionado cuando enfrentaba una realidad occidental (Spratling 1932, 172). A partir de los años treinta diversas imágenes daban realce al poblado típico como representativo de México; tarjetas postales, revistas, guías de viaje y películas contribuyeron al reconocimiento del poblado tradicional como distintivo de la nación.

La idea de lo pintoresco aparece con frecuencia en los distintos géneros de literatura. Flandrau (1921, 257-8) presentó desde 1921 el tema del poblado pintoresco en los siguientes términos:

“Los viajeros a veces se quejan ‘todos los pueblos mexicanos se parecen; si has visto uno, has visto todos’ y mientras que yo no puedo estar de acuerdo con la caduca observación, comprendo sus razones. [Los pueblos] no son tan parecidos pero si son tan notablemente diferentes de los pueblos del Norte que inicialmente uno se impresiona más por esta diferencia fundamental, en que todos naturalmente tienen un parecido de familia, que por las menos notables pero agradables maneras en que se difieren entre sí. [...] En su centro hay una plaza pública con un jardín, un tanto formal en intención pero por lo general de suficiente edad y exuberancia para haber perdido su rigidez original. Aquí hay caminos y bancas, árboles, fuentes, flores y un quisco de hierro y hojalata de apariencia endeble que uno aprende a querer. A un lado se encuentra el templo principal; los otros tres lados están bordeados por tiendas y portales. Esta es la plaza. Todo pueblo tiene una, muchos tienen varias. Pero siempre hay uno que, más que los demás, es el corazón cívico pulsante y es interesante notar como de sus dimensiones observan la escala de su entorno. Pueblos grandes tienen plazas grandes, pueblos chicos tienen plazas chicas y aldeas tienen plazas

de miniatura. Además de la plaza, en muchas ocasiones hay, un barrio más distante y silencioso de la comunidad, un parque –un lugar enredado y sombreado habitado por pájaros, con árboles grandes y viejos, bancas pesadas de piedra o cemento y una tranquilidad que ejerce una influencia benigna sobre todos aquellos que caminan o se sientan allí. Las casas y edificios, ya sean de piedra o mortero o –como es la costumbre en los pueblos pequeños de la meseta—de adobes, su efecto es igual, pues todas están recubiertas con un estucado liso de cal blanco o un tono pálido de rosa, azul, amarillo, café o verde. Rara vez de más de dos pisos, la mayoría tiene balcones en el piso superior y todas tienen ventanas largas en la planta baja protegidas por herrería y si no fuera por la alegría de sus colores, la fascinación perpetua de sus patios llenos de flores que los transeúntes pueden vislumbrar sugerentemente por los zaguanes abiertos y el interés intelectual de los letreros en sus tiendas podría ser monótona la altura uniforme o la simplicidad cuadrada de su diseño. Como son las cosas, una calle mexicana, aun cuando está vacía, nunca es monótona.”

Esta larga cita es un ejemplo temprano del giro en la manera en que se retrata la vida en pueblo. Codifica los rasgos típicos del pueblo mexicano: la plaza, los balcones, las casas de colores, las flores, las bancas y la vegetación exuberante. Aparece también la idea de conjunto expresado a través de la uniformidad. Sobre este tema reflexionó unos años después Gillpatrick al describir Jalapa, Veracruz:

“Jalapa es una ciudad limpia –hay esa agradable monotonía de casas que es característico de las viejas ciudades o las partes viejas de las ciudades. Estoy seguro de que el ojo se molesta más frente la descarada falta de relación entre casas vecinas que por su parecido. En Jalapa hay manzanas completas de casas que se ven frescas, algunas de azul claro, otra de terra-cotta o blanco. Las cubiertas de teja han adquirido un buen color con la edad; las ventanas se protegen con herrería verde o negra y a través de las herrerías moriscas en las entradas uno puede vislumbrar patios con flores. (Gillpatrick 1936, 232).

En ambas citas se observan ya cristalizadas las características del poblado típico o pintoresco: la homogeneidad, el color y las cubiertas de teja. Las menciones de los colores pálidos o la teja desgastada hacen referencia al paso del tiempo y a la edad, cualidades apreciadas en la idea de lo pintoresco y muestras objetivas de la autenticidad.

La selección de sitios para incluirse en las guías se basó en gran medida en los medios de transporte. De hecho, varias de ellas se organizaron siguiendo rutas carreteras o ferroviarias. No obstante, aún había que decidir el peso que se le daría a los sitios que iban apareciendo en el camino. En este proceso de selección, indudablemente influyeron los atractivos naturales o culturales de los sitios pero no se puede ignorar la importancia de la mirada desde afuera en su identificación. A través de sus textos, fotografías y pinturas, los extranjeros no sólo aplicaban un juicio de valor sobre los poblados, sino que también participaban de su promoción. Es de notarse que algunos de los primeros poblados tradicionales a recibir atención en las guías fueron sitios de población de expatriados. Para finales de los años treinta estaban plenamente identificados los

principales poblados pintorescos y recibían mucha atención en las guías publicadas en el extranjero al igual que en la prensa turística nacional. Así es que se mencionaban como para paseos de un día desde la capital o como destinos por sí. Por ejemplo, en *Toor's Guide to Mexico* apareció Coyoacán como lugar cercano a la ciudad pero con atributos de pueblo (Toor 1936, 110-111).

Particularmente notable es el caso de Taxco que tuvo la doble fortuna de estar sobre la carretera México-Acapulco y de ser sitio de residencia de William Spratling. Este arquitecto estadounidense, amigo de Diego Rivera así como del embajador Dwight Morrow, fue instrumental en el desarrollo de la industria joyera en Taxco y en la difusión del poblado en la prensa internacional. Además, su fama atrajo la atención de otros extranjeros y miembros de elite intelectual de México.

Otro sitio cuya vocación turística se consolidó con la participación de extranjeros fue Taxco. El arquitecto norteamericano William Spratling vivió en Taxco desde 1929; estableció un negocio de diseño y venta de joyería de plata así como una fábrica de muebles. Su presencia potencializó las cualidades del sitio, que él mismo promovió a través de artículos y el libro *Little Mexico* (Spratling 1932). Atrajo además la atención de personajes como Manuel Toussaint (Toussaint 1931) y posteriormente Justino Fernández (Fernández 1934) cuyas monografías sobre el pueblo difundieron su arquitectura virreinal. Pronto se volvió destino turístico nacional e internacional

norteamericanos pues ofrecía un ambiente pueblerino y la posibilidad de adquirir artesanías de primera calidad. Brenner tomó nota del rol que había jugado los esfuerzos de conservación en mantener “su aire virreinal” y lo describió con un gran número de adjetivos: “calles empedradas como caminos de montaña, balcones colgantes, casas en diferentes nivel. Orquídeas, nochebuenas, bosques de pino, pueblos de indios y torres inmensas” (Brenner 1932, 149) Toor lo describió como “uno de los poblados más pintorescos de México” con una “plaza sombreada rodeada de tiendas y puestos” en donde “toca la banda con el público bailando alrededor del quisco” (Toor 1936, 137). Para 1947 cuando escribe Terry ya estaba consolidado como destino turístico. Terry destacó el trabajo de Spratling en la promoción de las artesanías y también la continuidad con el pasado considerando que “poco ha cambiado desde la época de Le Borde” (Terry 1947, 767). Comentó, al igual que Toor, la cuestión de la conservación señalado “tan pintoresco es el aspecto arquitectónico del pueblo que el gobierno tiene pensado conservarlo y quien erige una nueva casas debe planearla para que armonice con los estilos existentes.” (Terry 1947, 767) Coincidió que la plaza central fuera “de los más pintorescos de México a la sombra de laureles de la india y otros árboles” (Terry 1947, 767)

Cuernavaca, aunque no figura entre los “pueblos mágicos” se constituyó como sitio turístico dentro del discurso de lo típicamente mexicano y de la vida pueblerina. Para los años treinta estaba consolidado como lugar de residencia de extranjeros así como lugar de descanso para habitantes de la ciudad de México. No obstante, recibió mucha promoción en la época por la población extranjera radicada en la ciudad, particularmente por parte del embajador Dwight Morrow y su esposa. Elizabeth Cutter Morrow había escrito dos libros sobre México, el primero

con el título *Casa Mañana* (Morrow 1932), describió la ciudad de Cuernavaca así como la casa de fin de semana que la pareja había construido allí. El segundo libro, *The Painted Pig*, (Morrow 1930) estaba dirigido a niños para difundir los valores de la artesanía mexicana.

En su descripción de Cuernavaca Morrow (1932, s.p.) enfatiza la irregularidad y el colorido del poblado y su relación con el paisaje:

“Su belleza radica en el contraste y la sorpresa. El sol es fuerte, pero siempre está presente el sonido del agua porque los arroyos de la montaña llegan por debajo del pavimento de piedra y mantienen verdes los jardines por todas partes. Muros maltratados por el tiempo están cubiertos de enredaderas de geranio, los angostos callejones enmarcan trozos de cerro y cielo azul y la más humilde puerta se abre a un patio lleno de sol, alegre, con fuentes con azulejos y flores. Los caminos empedrados están limpios, pero sin la nitidez restrictiva que echaría a perder la libertad de la vegetación tropical. Los jardines se desbordan con abundancia irregular, los balcones se desparraman con enredaderas, macetas, jaulas de pájaros, perro, bebés y ropa lavada.”

Siguió el libro con una detallada descripción de la casa que la pareja construyó que resaltó valores similares: el color, la espontaneidad, la vegetación, la vida al aire libre y la irregularidad de lo hecho a mano. Para mediados de la década Cuernavaca figuraba con relevancia en las guías de turismo con muchos de los atributos vinculados a la vida en pueblo. Anita Brenner, de manera contemporánea había marcado a Cuernavaca como sitio destacado en su lista de lugares para

luna de miel (Brenner 1932, 173) y describió a la ciudad como lugar “semi-tropical” de “palmas, bugambilias, orquídeas y bosques; manantiales, albergas, casas coloniales magnífica, patios y jardines maravillosos” (Brenner 1932, 146). Un par de años después, Frances Toor calificó a Cuernavaca como “una ciudad muy mexicana con casas rosas, azules, amarillas y blanca de un solo piso con románticas ventanas con herrería y patios llenos de flores” (Toor 1936, 131). Una década después Philip Terry señaló “Cuernavaca ha sido desde hace tiempo el lugar de retiro favorito de mexicanos distinguidos y de extranjeros que viven o vacacionan en la república. Escritores, artistas, diplomáticos, magnates de la industria y amantes de las bellezas incomparables del campo mexicano semi-tropical se reúnen en este retiro histórico lleno de flores y viven en un ambiente de tranquilidad y belleza difícil de encontrar en otro lugar” (Terry 1947, 753). Aparece tanto la presencia extranjera así como los atributos del poblado rural –la exuberante vegetación y la tranquilidad.

Pátzcuaro aparece con prominencia en las guías de turismo y también recibió la atención de Justino Fernández (1936) quien elaboró una monografía de la ciudad con atención a la cuenca lacustre y de Manuel Toussaint (Toussaint 1942). Esto se insertó en la promoción que realizaba Lázaro Cárdenas de Pátzcuaro como sitio emblemático del nacionalismo mexicano y la reinvención de Pátzcuaro y la cuenca lacustre con la adición de la estatua de Morelos en la isla de Janitzio, la construcción de teatro Emperador Caltzontzin en estilo neocolonial y la instalación de la biblioteca pública con murales de Juan O’Gorman en el templo del conjunto agustino de la ciudad. La misma casa de Cárdenas, la Quinta Eréndira, difundía los valores pueblerinos con sus gruesos muros blancos, aleros de madera y cubiertas de teja a cuatro aguas.

El sitio recibió la visita de varios extranjeros ilustres como René d'Harnoncourt, Tina Modotti, Anita Brenner y Paul Weston y aparece en el imaginario nacional a través de la película Janitzio (Emilio Fernández, 1935) así como de numerosas imágenes que dan realce al espectacular paisaje, la presencia de la población indígena y los poblados “típicos”. Atención especial merecen las imágenes de Hugo Brehme de Janitzio con sus tejados, el paisaje y los pescadores. Las descripciones del sitio ineludiblemente hacen referencia al lago y la población indígena. Por ejemplo, Toor habla del mercado, “con pescado y verduras y pequeños puestos para comer y el tianguis de los viernes alrededor de la plaza grande. A este vienen los indios de todos los pueblos de las islas del lago y tierra firme con su cerámica, ollas de cobre, lacas, joyerías y sarapes sencillos y colores, frutas, verduras y pescado. Las mujeres son las más pintorescas con sus amplias faldas plegadas alrededor de la cintura con la parte superior que abre a manera de abanico sobre delgados cinturones tejidos a mano de varios colores y diseños.” Menciona además las “calles empedradas” (Toor 1936, 194). Su contemporánea Anita Brenner destaca el sitio como propio para luna de miel describiéndolo como “una pequeña ciudad colonial-tarasca que apenas ha cambiado en los últimos doscientos años [...] pintoresca y atractiva” (Brenner 1932, 171-2, 177). Terry también destaca la edad en su descripción: “las angostas calles empedradas suben y baja de los cerros y las casas que las flanquean son pintorescos recuerdos de los tiempos de la colonia española. La mayoría de estas casas son de un solo piso con techos que se proyectan sobre la calle, apoyados en vigas labradas. Pocos pueblos mexicanos son más anticuados más somnolientos. Su carácter confirma su gran edad. Los portales parecen cargar el

peso de muchos siglos” (Terry 1947, 502). También toma nota de la región y la presencia indígena (Terry 1947, 507-8).

Hay otros sitios que figuran de manera prominente tanto en las tarjetas postales y fotografías así como en las guías de turismo. Tal es el caso de Xochimilco y Amecameca seguramente por ofrecer el panorama campestre en un lugar muy cerca de la capital. En algunas guías aparece Chapala. Por ejemplo, Anita Brenner lo menciona como lugar tranquilo, rodeado de pueblos indígenas donde radicó por varios meses D.H. Lawrence. Dijo que era “buen lugar para soñar, flojear, broncearse y escribir memorias” (Brenner 1932, 177). En esta área surgió a partir de los años cuarenta uno de las comunidades más grandes de expatriados estadounidenses y canadienses en el pueblo de Ajijic.

Otros sitios que posteriormente se volvería importantes en el imaginario turístico, como San Miguel Allende, no figuran en las guías tempranas, indicando un paisaje cambiante en la identificación de poblados representativos de lo mexicano.

Reflexiones finales

John Urry (1990, 9) reconoció que “todo turista encarna una búsqueda de autenticidad y que esta búsqueda es una versión moderna de la inquietud humana universal por lo sagrado.” En el caso que se tiene a la mano, hay que reconocer el papel que juega México al representar para el

extranjero la antítesis de la modernidad. Le ofrece la oportunidad de experimentar una cultura tradicional en forma “pura” y la literatura que se generó desde afuera del país reflejó esto. Dice James Oles que “los norteamericanos descubrieron en el México rural una vida ceremonial tradicional y una estructura comunal estrechamente unida, fenómenos que muchos temía se habían perdido, o al menos que estaban el peligro, en la América industrial moderna” (Oles 1993, 76).

En la búsqueda de lo que Cohen (1988, 374) ha llamado “lo prístino, lo primitivo, lo natural, aquello no tocado aún por la modernidad” el pueblo es el escenario privilegiado del turismo. Y, aún en las primeras décadas del siglo xx se trataba en cierto sentido de la invención de un imaginario, derivado en parte del discurso nacionalista y en parte de la mirada desde afuera que consagra algunos de sus rasgos en sus textos.

Es de notarse algunos procesos concomitantes a la re-invenición de los poblados mencionados. El primero de ellos es el rescate de lo “típico” como valor nacionalista. Otro son los esfuerzos tempranos por la conservación del patrimonio, avalándose del mismo concepto. Bien podríamos reflexionar sobre lo que significa “típico” ya que se usa tanto para la protección en ciudades coloniales así como en poblados vernáculos. Considero que al decir típico se señalaba a la arquitectura no – monumental con un sentido de conjunto. Los poblados pequeños, con su arquitectura tradicional que presumía cierta homogeneidad, solían caracterizarse como típicos. Cuando se refería a las ciudades coloniales, entenderíamos que se trataba de la arquitectura menor que enmarcaba de una manera tradicional a los grandes monumentos. En todo caso, en

varios de los pueblos con vocación turística, la conservación del patrimonio figuraba desde temprana fecha (en Taxco desde 1928 y Pátzcuaro 1943) con referencia específicamente a la arquitectura “típica”.

Así, encontramos que la invención del pueblo como sitio de lo pintoresco, lo auténtico y lo rural no es nuevo, pero la formulación ha cambiado. Si a principios de siglo se vinculaba con una construcción nacionalista de identidad y con la identificación de valores compartidos que se materializaban en los pueblos, en la actualidad parece identificarse solo con el deseo de contar con productos turísticos. Si a principios de siglo se vinculaba con la protección del patrimonio histórico y vernáculo, en la actualidad parece ocuparse de la creación de patrimonios.

En las palabras encontramos la diferencia. El programa de Pueblos Mágicos recurre a la palabra magia que a su vez nos remite más a las ideas de simulación de Baudrillard (1988) que a una realidad nacional. La palabra “magia” nos recuerda Disneylandia y su lema “The Magic Kingdom”. Las referencias de principios del siglo XX rescatan lo que las comunidades compartían y en la literatura mexicana se usa la palabra “típico”. Este concepto, lejos de la “magia”, nos remite a lo común, lo cotidiano, lo auténtico o lo de todos.

Referencias

Amerlinck, Mari-Jose. 2008. "Arquitectura vernácula y turismo: ¿identidad para quien?"
Destiempos 3, no. 15 (julio-agosto 2008): 381-388.

- Austin, Jean. 1941. *Mexico in Your Pocket*. New York: Doubleday, Doran & Company.
- Baudrillard, Jean. 1988. "Simulacra and Simulations." In *Jean Baudrillard. Selected Writings*, by Mark Poster (ed.), 169-187. Stanford: Stanford University Press.
- Berger, D., and A.G. Wood. 2010. "Introduction." In *Holiday in Mexico. Critical Reflections on Tourism and Tourist Encounters*, by D. Berger and A.G. Wood, 1-20. Durham & London: Duke University Press.
- Berger, Dina. 2006. *The Development of Mexico's Tourism Industry*. New York: Palgrave, 2006.
- Brenner, Anita. 1932. *Your Mexican Holiday. A Modern Guide*. New York & London: G.P. Putnam's Sons.
- Chase, Stuart. *Mexico*. 1933. *A Study of Two Americas*. New York: MacMillan, 1933.
- Cohen, E. "Authenticity and Commoditization in Tourism." *Annals of Tourism Research* 15, no. 3 (1988): 371-386.
- Conkling, Alfred R. 1884. *Appletons' Guide to Mexico*. New York: D. Appleton and Company.
- Delpar, Helen. 1992. *The Enormous Vogue of All Things Mexican. Cultural Relations between the United States and Mexico, 1920-1935*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Fernández, Justino. 1936. *Pátzcuaro: su situación, historia, y características*. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- .1934. *Recuerdo de Tasco. Situación, datos históricos, lo que hay que ver, los alrededores*. México: Editorial Lumen.
- Flandrau, Charles Macomb. 1921. *Viva Mexico!* New York & London: D. Appleton and Company.
- Gillpatrick, Wallace. *The Man Who Likes Mexico*. New York: Robert M. McBride & Company, 1936.
- Haynes, Martin. 1887. *Gen. Scott's Guide in Mexico. A Biographical Sketch of Col. Noah E. Smith*. Lake Village, N. H.: Lock & Gould Publishers.
- Hernández López, José de Jesús. "Tequila: centro mágico, pueblo tradicional. ¿Patrimonialización o privatización?" *Andamios* 6, no. 12 (diciembre 2009): 41-67.

- Loredo López, Juan Luis. 2012. "Pueblos Mágicos: entre simulacro y la realidad." *Topofilia. Revista de Arquitectura*.
- MacHugh, Robert. 1914. *Modern Mexico*. New York: Dodd, Mead and Company.
- Merrill, Dennis. 2009. *Negotiating Paradise. U.S. Tourism and Empire in Twentieth-Century Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Montellano, Francisco. 1994. *C.B. Waite. Fotógrafo. Una mirada diversa sobre el México de principios del siglo XX*. México: CONACULTA y Grijalbo.
- Morrow, Elizabeth Cutter. 1932. *Casa Mañana*. New York: The Spiral Press.
- . 1930. *The Painted Pig*. New York: Alfred A. Knopf.
- Oles, James. 1993. *South of the Border. Mexico in the American Imagination*. Washington: Smithsonian Institution Press.
- Pérez Montfort, Richard. "Un nacionalismo sin nación aparente. La fabricación de lo "típico" mexicano 1920-1950." *Política y Cultura*, no. 12 (1999): 177-193.
- Rojo Quintero, Servando, y René Armando Llanes Gutiérrez. 2009. "Patrimonio y turismo: el caso del programa Pueblos Mágicos." *Topofilia. Revista de arquitectura, urbanismo y ciencias sociales* 1, no. 3.
- Sapia, Raúl. 1942. *Guide to Mexico. Illustrated for the Tourist and Businessman*. Mexico City, Buenos Aires & New York: River Plate Publishing Co.
- Smith, Hopkinson. 1902. *A White Umbrella in Mexico and Other Lands*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Spratling, William. 1932. *Little Mexico*. New York: Jonathan Cape & Harrison Smith.
- Starr, Federick. 1908. *In Indian Mexico*. Chicago: Forbes.
- Terry, T. Philip. 1947. *Terry's Guide to Mexico*. Boston: Rapid Service Press.
- Toor, Frances. 1936. *Frances Toor's Guide to Mexico*. New York: Robert M. McBride & Company.
- Toussaint, Manuel. 1942. *Pátzcuaro*. México: Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.

— 1931. *Tasco: su historia, sus monumentos, características actuales y posibilidades turísticas*. México: Editorial Cultura.

Urry, John. 1990. *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in Contemporary Societies*. London: Sage Publications.